

según lo que pude averiguar á mi partida de Campeche, que el pobre anciano se ha dirigido á estos sitios. ¡Quién sabe lo que se habrá propuesto! Entre tanto, no me descuido en indagar su paradero.

En este momento recibo la carta en que me anuncias tu último encuentro con tu enemigo. Ahora comprendo perfectamente todo el espíritu de la conversación que escuché en San Fernando.

Adiós, querido mío: ya es demasiado tarde. Salúdame al Dr. Frutos y al capellán; y procura resignarte á esperar el desenlace de esta historia.



CARTA XXV

MANUEL A ANTONIO

Villahermosa, 16 de Octubre de 1847.

Querido mío. Bendita sea la Divina Providencia. ¿Por qué acudiríamos á otra fuente para buscar el origen de ciertos acontecimientos de la vida? ¿Cómo comprenderíamos esos sucesos, ni cómo sabríamos explicarlos de un modo más plausible, sino apelando á la suprema causa que regula el mundo moral? "¡La fatalidad!" Puede ser que la palabra sea más romanesca y poética para otros. A bien que para mí y para ti es dura, helada y vacía de todo sentido. Con ella, no puedo comprender lo que tantos y tantos se empeñan en explicar. Sólo la pereza de nuestro espiri-

tu nos impele á buscar esta causa. Cuanto más consolatorio es, sin duda alguna, como tú me has dicho otra vez, tener una fe plena en la Providencia infinita, que no someternos impasiblemente al rigor imaginario de una ciega y absurda "Fatalidad"! Ese odioso fatalismo, querido mío, me parece incompatible con las doctrinas del Evangelio; y el cristiano, si lo es sinceramente, no puede ser "fatalista."

Hallarás el valor de estas débiles reflexiones mías, que apoyan las tuyas, en lo que ahora voy á referirte. Animo, pues, hermano mío, ánimo; la historia de tus padecimientos en S. Lázaro es, como habías llegado á sospecharlo fundadamente, el eslabón de una larga y funesta cadena.

En la confluencia de los ríos de Teapa y Tlacotalpa hay un sitio pintoresco, que tiene la forma de una pequeña península. Colocado el espectador en la punta más saliente, puedè dominar con un golpe de vista el río de la "Sierra," el soberbio "Madrigal," un espeso bosque de sauces, amates y "cocoites," varios sembradíos de cacao y caña dulce que se desarrollan á derecha é izquierda, una multitud de arroyuelos, esteros y lagunajos que bañan el terreno inmediato.

En esta pequeña península está situada la hacienda del Dr. Corroy. Era allí, para donde habíamos recibido del propietario una invitación para pasar tres días de cam-

po, que de ordinario es bellísimo en los meses del otoño.

En efecto, á las doce del día 10 del corriente, estaba reunida una lucida concurrencia, de extranjeros en su mayor parte, en aquel sitio delicioso. El dueño de la finca había desplegado todos los recursos de su buen gusto en obsequio de sus convidados. Buscaba yo entré éstos al que me interesaba más ver y comunicar: al Dr. Edward Moore.

Pero el Dr. Moore no estaba allí.

Mi inquietud y mi disgusto eran casi visibles. Durante la comida, no pudiendo vencer por más tiempo la viva curiosidad de que estaba poseído, me aventuré á preguntar á Mr. Corroy si nos privaríamos de ver allí á aquel caballero.

—El Dr. Moore, me respondió Mr. Corroy, es un hombre ¿comprende usted? es un hombre pasablemente escéntrico. Mas él ha dicho ¿comprende usted? él ha dicho que vendrá, y yo soy bien persuadido que él tendrá su palabra y será aquí, más tarde ó más temprano, no importa. ¿Comprende usted?

—Me parece que sí, le dije algo embarazado temiendo que hubiese advertido, más de lo que convenía, algún oculto interés en relacionarme con aquel hombre, cuyo concepto en el ánimo de Mr. Corroy, ignoraba yo si sería bueno ó malo, puesto

que no siempre es acertado juzgar sobre las apariencias.

Era casi de noche, cuando vibró en mi oído la sonora voz del Dr. Moore. Venía excusándose por su tardanza.

—Al pasar en mi pequeño bote por "Torno-largo," nos dijo, fué preciso detenerme para auxiliar á una pobre enferma: le he administrado un ligero remedio, y espero que...

—Ni sabe usted con qué clase de gente se ha puesto en contacto, señor doctor; interrumpió un joven, creo que guatemalteco, que se ha echado á recetar por estos mundos, sin más títulos ni diplomas que la ignorancia del vulgo, al cual se alucina muy fácilmente hablándole palabrotas sonoras y vacías, que no entiende.

—Me permitirá usted caballero manifestarle, que no comprendo bien la observación que acaba de hacer; repuso el Dr. Moore, fijando sobre el curandero una mirada entre escudriñadora y desdñosa.

—Sin embargo, prosiguió el otro sin desconcertarse, lo que yo digo es muy sencillo. ¡Figúrese usted si conoceré á estos ribereños, yo que soy el médico de la gente baja! ¡Bah, bah! A la hora más intempestiva, viene un matón de ceñidor y machete á decir á usted que su mujer, su hija, su madre ó cualquiera de su casa, está con la calentura, que se muere, que

es preciso verla y darle un remedio. ¿Qué hace usted? Toma su botiquín, su escarificador, sus bombillos y todo lo demás conducente, sigue usted al troncha-cuellos, se mete en un cayuco miserable que á cada balance se llena de agua amenazando irse á pique, y se echa á navegar á través de popales sembrados de lagartos y víboras, sin contar con una espesa nube de mosquitos, tábanos y jejenes, que se apezga sobre usted para devorarle. En fin, llega usted al sitio, sabe Dios cómo, más muerto que vivo; y el enfermo tiene una cerebral con ciento cincuenta pulsaciones por minuto. ¿Qué ha de hacer un pobre médico después de fijar el diagnóstico y dar el pronóstico? Establecer el método curativo indicado para las fiebres "esenciales," desde los tiempos bíblicos, allá cuando Hipócrates y Galeno fundaban la ciencia médica: una libra de quina al estómago, en dos ó tres tomas, disuelta en infusión de "huaco" ó flores cordiales. ¿Qué mejor febrífugo que la quina, este mineral precioso, de que usaron los antiguos persas? Pero en fin, como no todo el mundo ha de salir bueno y sano de una curación, muérese el consabido enfermo; y he aquí que el pícaro ribereño, porque le cobra usted un módico honorario de tres ó cuatrocientos pesos por la asistencia, ítem las medicinas, emplastos, vendajes, unguentos y otros menjurjes, le toma

á usted tan frescamente de un brazo, y le lanza de su casa á planazos. ¡Ladrones, sí, señor, ladrones! Con que ya ve usted, querido "doctor mihi," si tengo razón en decirle lo susodicho.

Azorado escuchaba el Dr. Moore el extravagante razonamiento de aquel charlatán, que pasaba en el país por médico. Estívole contemplando algunos segundos, encogióse de hombros y, sin dignarse replicarle, se mezcló entre los demás concurrentes. Vino hacia donde yo estaba, y me tendió la mano con la mayor cordialidad y benevolencia.

En aquel momento me sentía fuertemente inclinado á este hombre, sin que me fuese posible explicar los motivos de esta oculta é intempestiva simpatía. Las relaciones que mediaban entre ambos, y las presunciones que tenía yo de sus malos antecedentes, parece que deberían haber producido en mi ánimo un efecto diametralmente opuesto. Sin embargo, ya lo ves, la cosa ha pasado de otra manera. Cierto que si el Dr. Moore de lejos era para mí un hombre tan misterioso como formidable, visto de cerca y tratándole, parece irresistible. Mi corazón me revelaba que bajo las apariencias del mal, había allí algo de noble y elevado.

La plaga de los mosquitos, á pesar de las precauciones de Mr. Corroy para li-

brarnos de ella, hizo que la velada no se prolongase mucho. Desde muy temprano vimonos obligados á buscar refugio bajo de los mosquiteros.

Para la mañana siguiente estaba dispuesto un paseo acuático con objeto de cazar en los popales y lagunas. En efecto, después de un "comfortable" desayuno, varios botes y canoas salieron á la expedición. Instóme el Dr. Moore, con la más fina cortesía, á que aceptase un lugar en el pequeño esquife que le había traído de la villa, el cual apenas era capaz de contener tres personas: dos pasajeros y el timonel. Acogí con placer aquella invitación inesperada; y nos encaminamos al embarcadero, que era un tanto barrancoso y empinado. Al acercarnos, una exclamación involuntaria iba á escapármese de los labios, si no la hubiese detenido una enérgica y significativa mirada del doctor. Nació mi sorpresa de ver allí, apoyado en la caña del timón, á un viejo marinero que se disponía á gobernar el esquife.

Era nuestro amo Germán.

En su actitud y maneras notábase una adhesión profunda, una gratitud sin límites hacia el extraño personaje con quien nos hallábamos en contacto.

Mientras permanecemos reunidos con los demás cazadores, guardamos un silencio bastante significativo. El Dr. Moore, con la cabeza erguida y los brazos cruza-

dos, permanecía en pie é inmóvil en medio del pequeño bote, mirando fijamente la corriente del río: en la proa y medio recostado sobre la paneta contemplaba yo asombrado aquella imponente figura, que hacia contraste con la humilde actitud de nuestro amo Germán, que con un movimiento á derecha é izquierda del remo apoyado en la popa, daba dirección al bote.

Al cabo de algunos minutos entrando por un estero, nos hallamos intrincados en un bosque frondoso, en que apenas se notaban algunos intersticios que dejaban ver el subido azul del cielo. Había cesado el rumor de las voces; reinaba el silencio sombrío en las selvas, interrumpido apenas por las ráfagas de la brisa, que agitaba las elevadas copas de los "jobos," zapotes, cedros y palmas reales; ó por el grito salvaje de los animales monteses. De improviso, me sentí sobrecogido de un vago é inexplicable temor, al ver que el hombre misterioso cambiando de actitud, sentaba su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Germán. Figúreme que iba á sobrevenir alguna escena extraña.

—Germán; ya ves que no te he engañado. Aquí tienes al amigo de tu hijo, dijo el doctor señalándome.

—Señor, repuso el sepulturero: usted tiene el secreto de muchos sucesos en su

mano. Yo no he dudado que me cumpliría su promesa.

Y los ojos del anciano se cubrieron de lágrimas. El doctor prosiguió:

—Escucha, Germán: tú has sido desgraciado, muy desgraciado ciertamente; pero tus penas no pueden compararse con las mías. Tú siempre fuiste honrado y leal: disfrutaste de algunos placeres que pasaron en tu vida, es cierto, como una mágica visión, y que después se tornaron en una fuente de amargura y dolor; pero yo... amigo mío... yo...

Y la voz del Dr. Moore se alteró de un modo doloroso: sus últimas palabras fueron un gemido ahogado é imposible de definir. Yo no sé si era aquello un grito de imprecación, de tristeza, ó de remordimiento: sólo pude sentir que penetraba hasta el fondo de mi corazón, produciendo en él una emoción penosa. Luego continuó:

—Tú me has perseguido como á un fantasma que se te escapa, como á un ser maléfico que te había causado infinitas desgracias y con quien has pretendido á toda costa tener una explicación. Pues bien: yo he ido delante de tus deseos. Hace tres días, no esperabas hallarme, habías perdido la huella de mis pasos, y fácil me habría sido alucinarte para que no me vieses ni encontrases vestigio alguno de mi presencia en estos sitios. En el dis-

curso de muchos años nos hemos encontrado varias veces, Germán: he permanecido frente á frente delante de tí: en tus ojos y en todos los rasgos de tu fisonomía, he leído la congoja que te agitaba, buscándome con ansia y terror á un mismo tiempo. Me he hecho invisible á tus miradas, incomprendible á tu entendimiento, é inaccesible á tu afanoso empeño en hallarme; y si alguna vez has logrado reconocermé, no ha sido por efecto de la casualidad, ni de tus esfuerzos. Era que yo quería hacerme ver y darte algún aviso útil é importante. Tú, sin embargo, has creído que un ser maléfico te perseguía. ¡Haste figurado que yo era tu ángel malo! Héme, pues, aquí: mírame y tócame. Yo mismo he querido ponerme entre tus manos. Viejo desgraciado, ¿qué quieres de mí? Habla de una vez, y aprende, en fin, á mostrarte reconocido á los beneficios que debes al cielo.

El doctor pronunció estas últimas palabras con un acento tan incisivo, que el pobre sepulturero quedó mudo y confuso. Los tres guardamos silencio por algunos minutos.

Al cabo de ese tiempo, alzó el doctor la cabeza, que había inclinado profundamente después de su última frase. Dos gruesas lágrimas rodaron sobre sus mejillas, y un grito sordo se escapó de su pecho con un esfuerzo violento.

Esta escena me produjo una sensación imposible de explicar.

Nuestro amo Germán dejó el timón, encorvóse sobre sus rodillas y abrazando con ansia convulsiva los pies del extranjero, exclamaba:

—¡Oh! perdón, perdón. Gracia para este desventurado. Vos sois mi ángel tutelar, mi consuelo, mi salvación, mi Dios en la tierra...

Y el buen anciano sollozaba, agitándose en las más vivas convulsiones; mientras que el doctor, mirando fijamente al cielo, y con las manos introducidas en las dos bolsas del fraque, parecía una bella estatua de Canova, indiferente á cuanto pasaba á su rededor. Se hallaba engolfado en una cavilación profunda, trayendo seguramente á cuenta los incidentes de su vida aventurera y sembrada de sucesos terribles.

Inútil es que me empeñe en explicarte cuál era mi situación en aquel lance. Era una situación excepcional, y que sólo podrías comprender hallándote en ella. Había allí una confusa mezcla de asombro, terror, amargura, angustia, ligado todo por el vínculo de una ardiente simpatía en favor de uno y otro de los dos seres que tenía delante.

Al cabo de algún tiempo, la fisonomía del doctor pareció animarse, despejóse su frente y una ligera sonrisa indefinible agitó sus labios. La estatua ya tenía vida.

—¿Qué haces, amigo mío! exclamó de repente inclinándose hacia el sepulturero. Yo soy quien viene á implorar, si no el perdón, á lo menos la compasión que debiera arrancar de vosotros el más desgraciado de cuantos hombres han visto la luz del día, en un momento de la cólera celeste.

Y como nuestro amo Germán insistía en permanecer de rodillas, el doctor dejóse caer á plomo sobre las suyas, y de esa suerte quedaron ambos el uno en frente del otro.

Y ambos se estrecharon vivamente y lloraron y sollozaron á grito herido.

¿Sabes Antonio mío la extrañísima impresión que causa el ver llorar á un hombre, á un hombre dotado de aquella fuerza y varonil energía que el cielo ha concedido de ordinario á los individuos de nuestro sexo? ¿Sabes que cuando un hombre llora de dolor, ese dolor debe ser intenso, horrible, desgarrador de las fibras del corazón, infinito, inexplicable?

Pues si tú lo sabes y lo comprendes, hermano mío, figúrate, como puedas, mi actitud en aquel momento.

¡Yo también lloraba, como lloraba el Dr. Moore y lloraba nuestro amo Germán! ¡Yo sollozaba, como sollozaban aquellos dos hombres de bronce que habían pasado por tan terribles trances en su vida!

Porque, en efecto, yo no podía alabarme de poseer una organización más recia que la de aquellos hombres golpeados en el duro yunque del infortunio.

Tú también, hermano mío, tú también vas á llorar!

Así pasamos más de media hora.

Al cabo de ella, todos habían recobrado su aplomo ordinario; y el Dr. Moore se dirigió á mí.

—Caballero, me dijo, yo sé perfectamente lo que debe interesar á usted y á su amigo mi conversación con este buen hombre.

—Señor, le dije yo; si usted, como no lo dudo, está perfectamente enterado de la triste situación de mi amigo, de mi pobre hermano encerrado en San Lázaro, condenado á sufrir el más horrible de los martirios que pudiera imponerse á un ser dotado de vida y energía, de imaginación y entendimiento; ya puede usted figurarse el interés que debe causarme esta escena. Yo también, como este buen anciano, deseaba encontrar á un ser misterioso que se nos ha presentado ya con tan variados caracteres.

—Bien; me repuso el doctor. El tiempo de que podemos disponer, es corto. Voy á hablaros una vez por todas. Recoged vuestra atención y escuchadme.

Y nuestro amo Germán y yo esperamos

ansiosamente las palabras del misterioso personaje.

—Desde luego, continuó, no debíais dudar que el Juan Cruyés, que hizo en Mérida tan grave daño al desventurado preso que está en San Lázaro es el capitán Frasquito de que os habló Regino en su "cartera;" y el capitán Frasquito no es otro que el famoso pirata que todos vosotros conocéis demasiado. Este pirata es el hijo de Germán.

—¡Señor, señor! gritó el sepulturero torciéndose los brazos de desesperación y angustia.

—Sí, hermano mío; prosiguió el doctor encarándose con el desventurado anciano. Tú no sabías que tu hijo es el autor de un nuevo y más estupendo crimen. El había ido á Mérida en unión de las infames meretrices que le acompañaban... sedujo á Antonio, le hizo enfangarse en el desorden, adquirir el germen de un mal espantoso; y después de haberle engañado... y robado... y pillado... se marchó haciendo de él la burla más cruel y salvaje. Y por eso el pobre joven está hoy en S. Lázaro.

—¡Dios eterno! exclamó sollozando el angustiado Germán! ¡Qué crimen, pues, he cometido para pagarlo de una manera tan espantosa!

—¡Débiles y miserables criaturas! Nosotros queremos pesar los juicios de Dios

en la balanza de nuestra ignorancia; murmuró el doctor clavando momentáneamente la vista hacia el cielo.

Por lo que á mí hace, aunque aquella revelación me aclaraba un misterio, que va había dejado de serlo para mí, no pude evitar que se me horripilasen las carnes, al recibir tan plena y clara ratificación de unos hechos tan atroces y horribles en sí mismos. Apenas puede comprenderse el asombro y agonía del buen sepultureiro, sobre cuyo espíritu cayó como un rayo la noticia de aquella ominosa historia, que hacía de su mejor amigo una de las víctimas de su criminal y desalmado hijo. La solemnidad de la escena silenciosa que nos rodeaba, daba cierto aire imponente y aterrador á las últimas palabras del misterioso personaje, con quien nos hallábamos en contacto; y su influencia sobre mí era tan viva y visible, que me estremecía y agitaba, como la hoja de un árbol sacudida por el vendaval.

Después de algunos instantes, prosiguió el doctor:

—Mi historia... ¡ah! mi historia es muy triste y sembrada de miserias y desgracias. Algún día será revelada al mundo... Aun no ha llegado el tiempo! Vuestra curiosidad debe ser extrema: ya lo comprendo bien; pero limitaos á saber lo que únicamente me es dado comunicar á otros. ¡Sí! exclamó apretando mi mano

con fuerza. Yo soy el contraamaestre Genaro Chiabrera, el maestro de Regino en Málaga, el socio de dos famosos piratas, que han difundido el terror y la muerte por todas partes, el hombre siniestro que maltrató á usted en las calles de Campeche, el fingido comandante del bergantín de guerra colombiano, el hombre enlutado con quien Antonio tuvo una conversación en el castillo abandonado de San Fernando.... Y soy también, ¡padre infeliz! (añadió dirigiéndose á nuestro amo Germán), aquel ente singular que te ha perseguido, si tienes valor de llamar persecuciones á las obras mejores y más meritorias que yo he cumplido en mi vida, para poner en contrapeso con mis grandes crímenes en la balanza de la justicia eterna; porque tú, ¡oh Dios y Señor mío! no has de permitir que se pierda para siempre un hombre abandonado de todos, proscrito por una sociedad injusta, lastimado en lo más delicado que el hombre posee, expuesto al ludibrio de sus semejantes y convertido en la irrisión pública, porque el género humano no ha podido, ó no ha querido comprenderlo!

Tan solemne y enérgico había sido el último apóstrofe, que la fisonomía del doctor expresaba aún mucho más que sus palabras. Después de otra pausa, que ninguno de los que le escuchábamos se atrevió á interrumpir, prosiguió:

—¿Habéis oído hablar de aquella noble y generosa nación que por tantos siglos ha experimentado el pesado yugo de la esclavitud, que le ha impuesto una horda brutal, bárbara y que difunde sus conquistas y sus dogmas religiosos con la espada en una mano y la tea incendiaria en la otra? ¿De aquella tierra orgullo un día del género humano, patria de los más célebres filósofos, de los más sabios legisladores y guerreros famosos? ¿De ese pueblo que se ha levantado hoy, como un hombre solo, á luchar cuerpo á cuerpo con un coloso formidable, removiendo las cenizas de sus padres para encender de nuevo aquel fuego sagrado que los animó un día, cuando cada llanura, cada monte y cada objeto repetía la historia de un triunfo? ¿No habéis oído hablar de esa patria esclarecida; y, en medio de la estúpida degradación á que me ha conducido una serie de sucesos, cuyas secretas causas sábelas el cielo, sólo me resta el noble orgullo de haber nacido allí. Sí, ¡amigos míos! yo no soy alemán, ni italiano, ni inglés ó americano como habréis creído. Soy natural de la afamada isla de Scio: soy griego, y el serlo es toda mi gloria.

Inútil es, hermano mío, que yo me empeñe seriamente en explicarte la variedad de emociones que se sucedían en mi ánimo á cada palabra, á cada signo y á cada gesto del ente singular que nos hablaba

con un acento tan apasionado, tan vehemente y tan irresistible. El pobre Germán había cruzado los brazos, entreabierto la boca y clavado la vista intensamente, pero con un respeto profundo y una admiración vehemente, sobre las férreas facciones del Dr. Moore. Este prosiguió.

—Nada os importa saber hoy, amigos míos, la ocasión de mi caída en el fango del crimen. Sabed únicamente, y eso para que admiréis y bendigáis los secretos de la Divina Providencia, que yo había nacido para llenar una misión más gloriosa. Yo fui educado entre los monjes de Coph-to, é instruido en los grandes misterios del saber humano; y por más de diez años he sido el oráculo de la Grecia, de la Illiria y las provincias todas del Asia Menor. Delante de mí ha marchado el estandarte de las "tres colas;" una revolución se ha consumado en honor mío; á mi voz han enmudecido dos Sultanes poderosos; y los Bajáes se han prosternado hasta la tierra. Me ha sentado en el "diván" y mis consejos han salvado, en Egipto, al que ha sido después el regulador de los destinos de la Europa y la encarnación viva de todas las glorias y recuerdos sublimes del pueblo francés. Mas, ya lo véis, he caído hasta el abismo, y caído sin esperanza. Mía no fué la culpa ¡oh Dios mío! no; sólo se han cumplido tus altísimos decretos.

.....

 El Juan Cruyés, conocido con el nombre de "Cara-cortada," fué tu verdugo, Germán, y él te llenó de angustia el espíritu y de veneno el corazón. Pero yo era su esclavo: lo había jurado sobre mi ánima, y jamás he infringido mis juramentos, ni he sido desleal, precisamente porque todos han tenido conmigo una conducta totalmente opuesta. Horribles y criminales como han sido estos vínculos, hélos respetados hasta el fin, sin embargo de las ocasiones frecuentes, en que la situación de las cosas parecía haber trocado nuestros papeles en esta gran comedia de la vida humana. Me creía dejado de la mano de Dios. Había blasfemado de su santo nombre, maldecido el género humano y roto los lazos que me ligaban á la sociedad, para unirme más estrechamente con un ser diabólico. ¡Errores y contradicciones de un espíritu extraviado! ¡Ah! Yo siempre había sido bueno y generoso; pero el mundo no quiso comprenderme. . . .

. . . . Fuí, pobre Germán mío, testigo de todos tus infortunios que. . . alguna vez quise aliviar; pero nunca librate de ellos. Ya sabes lo que hice por tí. Hice más; quise detener á tu pobre hijo en la pendiente del abismo que "Cara-cortada" abrió á sus pies. . . No pude: porque la voluntad del cielo era más fuerte que la

mía y me dejé arrastrar, como siempre, de una fuerza superior. En vez de lograr mi objeto, otros sucesos me constituyeron también en esclavo de tu hijo. Dos veces libró generosamente esta vida que ya me era gravosa, á riesgo de la suya propia. Cuando "Cara-Cortada," que jamás poseyó ninguna pasión generosa, nos abandonó en un conflicto, traicionando vilmente á cuantos de grado ó por fuerza le habían seguido en su infame carrera, yo no quise abandonar á tu hijo.... y lejos de abandonarlo, fui su cómplice en sus crímenes de todo género, en sus fraudes, en sus amores incestuosos, en sus asesinatos, en su vandalismo y en su feroz piratería!

Nuestro amo Germán lanzó entonces un profundo y doloroso gemido. Las férrreas facciones del doctor se suavizaron un tanto, y fijó sobre el sepulturero una mirada de compasión. Después de algunos instantes prosiguió:

—Pero ese vínculo está roto para siempre. Mi presencia era ya gravosa para tu hijo, mis consejos siniestramente interpretados, mis observaciones relegadas al desprecio, y toda alianza vino á ser imposible. Yo le he pedido me volviese mi libertad... y me la ha otorgado al punto. ¡Ah! No ha sido una de las menores amarguras de mi larga vida el verme de esta suerte menospreciado de tu hijo. Alguna vaga esperanza había concebido que

al fin volviese al buen sendero, lo mismo que yo. Pero esa esperanza se ha perdido para siempre. Las mujerzuelas á quienes ha corrompido y degradado, las odiosas especulaciones que otros piratas y contrabandistas le han proporcionado, embargan hoy su atención, le ofuscan y ciegan, y al fin le lanzarán en el último y más obscuro fondo del abismo en que hace años comenzó á caer.

—¡Oh, pobre hijo mío! exclamó el sepulturero con un acento desgarrador.

—Sí, tienes razón de llorarlo. Parecía haber nacido para otra cosa; repuso el personaje.

A sus últimas palabras sobrevino un largo y sombrío silencio. Después, como volviendo el doctor de un profundo letargo, nos dijo:

—¡Ea! Esto es concluído: yo no puedo decir más de lo que habéis escuchado. Partamos de aquí y despedámonos para siempre. Mi deber me llama á regiones muy lejanas de estas. ¡Adiós!

—¡Una palabra no más! le dije yo entonces.

—Ninguna; me repuso. Yo sé muy bien lo que va usted á decirme: no necesito de que usted me lo recuerde. Antes de alejarme, yo volveré á ver á su amigo el enfermo del hospital de San Lázaro.

Y entreabriendo una voluminosa cartera, extrajo de ella el paquete que va incluso, y me lo entregó diciendo:

—Sin perjuicio de esta formal promesa, que yo sabré cumplir á tiempo, envíele usted esta carta de Regino.

Después se inclinó al oído de nuestro amo Germán y murmuró unas cuantas palabras que no pude percibir.

En seguida incorporándose, nos dijo en tono de autoridad.

—¡Vamos!

Y fué preciso obedecer, porque esa voz era imponente é irresistible.

Volvimos, pues, á la hacienda del Dr. Corroy, en donde estaban ya reunidos todos sus convidados. Comimos á una hora competente, y durante la mesa estuvo taciturno el Dr. Moore. Jamás me he hallado frente á frente con un hombre que me inspirase tanto respeto y admiración. Apenas me atrevía á mirarle.

¡Y ya lo ves, hermano mío, su historia es una historia de desgracias y de flaquezas! ¡Pero es tan fácil caer en esta vida! ¡El género humano está expuesto á tantas calamidades y miserias!

A la mañana siguiente eché de menos al Dr. Moore, y al bote que le había llevado á la finca de Mr. Corroy. Apenas podía yo disimular mi inquietud; y si no hubiese sido porque el dueño de la casa repitió las excusas del convidado, que había partido sin decirnos cosa alguna, acaso no habría podido contenerme. Tal vez hubiera dirigido al Dr. Corroy alguna pre-

gunta impertinente. Guardé, pues, el más profundo silencio; pero el resto del día lo pasé desazonadísimo. Deseaba con ansia regresar á la capital para ver si aún era posible escuchar de aquel extraño personaje alguna nueva explicación, ó por lo menos hallar al buen sepulturero, ofrecerle algún socorro y averiguar algo más. Todo fué inútil: ni un solo vestigio he hallado de ambos, y á esta hora ignoro su paradero.

Mas entre tanto, no se habla de otra cosa en la población que de un horrible suceso de que es héroe cabalmente el infame hijo de nuestro viejo Germán. Háblase de un asesinato cometido en la persona de un empleado del resguardo, que se hallaba á bordo de un buque contrabandista, y que con pretexto de hacer un cargamento de palo de tinte se hallaba amarrado en el punto llamado "Chilapa," algunas leguas río abajo de ésta. Todos los detalles que yo he oído referir me confirman en el juicio de que no es otro el asesino, que Juan Cruyés ó cualquiera de sus dos socios: el capitán "Sagarra" ó el "tío Melitón." Cuando la autoridad pública tuvo conocimiento de este negocio y quiso acudir asegurar á los delincuentes, el buque había desaparecido. Sin haber hecho las correspondientes operaciones adecuadas, ni embarcado á bordo ningún práctico, se habían echado río abajo y

salido de la barra sin ser visto ni observado. Me atrevería á jurar, que estaba yo viendo el desenlace del drama horrendo que los asesinos fraguaron aquella noche, casi en mi presencia, cuando me hallaba enfermo en San Fernando. Me parece imposible que tan monstruosos crímenes queden sin castigo, y esta canalla infame pueda continuar en semejante carrera por más tiempo. No: eso no puede permitirlo el cielo.

Sin embargo de que mi curiosidad es extrema, no me he atrevido á imponerme de la carta de Regino, que te envió cerrada y se halla como el Dr. Moore la puso en mis manos. Sé que tú no habrías llevado á mal que de ella me impusiese; pero me ha detenido una reflexión poderosa. Acaso te comunicará secretos que le sean exclusivos, y no sé si gustaría de que un tercero penetrase en ellos. Esta calificación, sólo tú puedes hacerla.

No puedo evitar detenerme aquí por algún tiempo más. ¡Con qué consuelo sería yo mismo el portador de cuantas noticias te comunico en la presente, aunque no fuera más que para mitigar en algo las nuevas amarguras que naturalmente van ellas á proporcionarte!

Dios te dé el consuelo, hermano mío, que yo no puedo ofrecerte, y te conserve en su santa guarda.



CARTA XXVI

REGINO A ANTONIO

Debo á usted, incomparable y desgraciado amigo mío, una explicación de mi conducta en el hospital, para desvanecer las apariencias que me condenan. ¡Qué quiere usted! Nací bajo un signo funesto: mi vida ha sido un tejido de crímenes y desgracias: mi existencia es una lucha terrible, si no de las malas pasiones contra la virtud, al menos de las consecuencias de aquéllas contra ésta. Me creerá usted un falso amigo, un monstruo de ingratitude y de artificio, un joven incorregible é incapaz de volver al buen sendero, que no había perdido en verdad por culpa mía, sino por influjo de mi mala estrella. Puede usted sospechar todo esto; pero per-